La novia del león

(Cuadro de Gabriel Max)

ARRANCADO á las selvas tropicales, el león no debía conocer jamás el amor. ¿Para qué sus garras, su melena alborotada y su arrogancia de galán altanero y hermoso, si no podría nunca lucirlas sacudiendo su cabeza de rey ante una hembra enamorada?—El capricho de los hombres lo había dispuesto así.

Apenas hubieron muerto á su madre para cogerlo vivo, metieron al cachorro indefenso en una jaula, de la que nunca volvería á salir, y en donde lo maltrataba el odioso domador con la varilla enrojecida al fuego y con el látigo; pero ¡oh fuerza irresistible del instinto! todo le fué dulce; la prisión, las burlas, la estrechez del cubil, desde aquel día de primavera en que la gentil joven de ojos azules y de trenzas rubias como un trigal, la hija de su verdugo, llegó á la jaula, con recelo primero, y paulatinamente, fué acercándose á la bestia rebelde, hasta hundir y sin temor sus manecitas blancas en las espesas y ásperas crines.

El amor brotó en el corazón de la bestia con su cortejo de esperanzas, de deseos y de celos; sólo sintió no poder huir con ella á una gruta de la montaña, lejos de aquel joven que á veces venía á acompañarla hasta la reja; del odiado rival.

Un día el león adivinó que los hombres querían arrebatarle hasta el derecho de amar. Y el monarca con la nostalgia de sus selvas, la vió acercarse á él como siempre, dulce y cariñosa; pero coronada de azahares, envuelta en un traje níveo y medio oculto el rostro resplandeciente por el velo nupcial, y del brazo del hombre, de aquel hombre más odioso para él que el domador, que el amo.

Ella entró en la jaula sola: venía á decirle adiós, á hundir por la vez última sus manecitas perfumadas entre las crines ásperas del león, á acariciar su lomo aterciopelado; pero el noble animal, cegado por los celos, en un arranque de ira, salta sobre ella y de un zarpazo le arrebata la vida, sin destrozar su cuerpo escultural, tan querido.

El novio corre, busca enloquecido un arma, quiere en su desesperación vengarse, matarle! Es en vano. La realidad lo inmoviliza, sólo puede asir con las manos crispadas los barrotes de la jaula y clavar sus ojos extraviados en el cuadro sombrío.

El león, impasible, arrogante, fiero, parece decirle con la inmovilidad de sus enormes pupilas glaucas: «Es mía! Consuélate con la última mirada de tu prometida. Nuestras nupcias han sido oficiadas por la Muerte»!...

Marius y Paul Libby